

Textos de la Unión Obrera Internacional

Textos de la Unión Obrera Internacional

Sobre la guerra de Corea: «Contra los dos bloques, por el socialismo»

Carta a los grupos de la *izquierda marxista*

Declaraciones sobre la constitución de la OTAN

Declaración de la UOI

Boceto de declaración del Comité Internacional de Izquierda Marxista

La obra del stalinismo en China

Sobre la guerra de Corea: «Contra los dos bloques, por el socialismo»

Mientras las dos potencias que aplastan el mundo, matan a cientos de hombres cada día, se disputan y arrasan Corea, sus sargentos reclutadores tratan de convencer al mundo de las virtudes pacifistas, democráticas o socialistas del uniforme que ofrecen antes de imponerlo. Pero en su mayoría, los hombres, sin distinción de raza o nacionalidad, desprecian las letanías de la propaganda, demasiado gastada desde 1914, repudian y odian la guerra, porque saben que ambos bandos, independientemente de quién gane, ensombrecen el porvenir. Sin embargo, todo el mundo, proletarios, campesinos explotados e intelectuales no vendidos, se dejan llevar a la guerra con un fatalismo y una resignación dignos de los santos más vulgares. Pero los santos del cristianismo al menos creían en su dios, mientras que hoy los hombres y las clases cuya acción sería decisiva para el futuro inmediato del mundo, lejos de ver a un salvador en Rusia o en los Estados Unidos, los desprecian por igual. Esta pasividad suicida, que deja el camino libre a los promotores de la guerra, debe cesar. Opuesta a la guerra en más de tres cuartas partes, la Humanidad podría impedirla si quisiera, pero sólo si tomara resueltamente la iniciativa y secara la fuente misma de la hecatombe amenazante.

En cada país no hay suficientes hombres para dar los primeros pasos. Las cosas han llegado a un punto en el que el hombre común, tanto en París como en Corea, Nueva York o Moscú, se ve empujado a esta alternativa: luchar y perecer por decenas de millones destruyendo la civilización y el mundo para dejarla en el poder en Moscú o Washington, o luchar, a partir de ahora, contra la guerra y los poderes que la engendran. No cabe duda de que se trata de una elección, pero hay que actuar sin demora. Frente a los intereses podridos del Kremlin y de la Casa Blanca, la inmensa mayoría de la humanidad debe encontrar el camino hacia la paz y la armonía entre los pueblos, que no puede existir bajo regímenes de explotación.

Los mismos pretextos de la Guerra de Corea, al igual que la guerra general librada por los cancilleres y la ONU, son falsos hasta el punto de ser grotescos. De Corea del Norte o del Sur, de Rusia y sus policías o de los Estados Unidos y sus intermediarios, ¿quién es el agresor? ¿Quién salva al pueblo coreano de la

opresión? Las ruinas de Corea gritan la respuesta. En realidad, el único atacado es el pueblo coreano. Los Estados Unidos y Rusia lo habían comartido como botín de guerra dividiéndolo por el paralelo 38, los Estados Unidos y Rusia lo están salvando con disparos de cañón.

Si bien el pueblo coreano es la única víctima real y justificable, sólo uno de los dos imperialistas en lucha ha tomado la iniciativa en las hostilidades. Y, en nuestra época, cuando todos los conceptos e incluso las palabras han sido degradados, las ideas más elementales han recuperado todo su principio activo. Los revolucionarios deben decirlo y no ocultarlo: como en 1914 y 1939, y como sucederá (salvo revolución) una vez más en este siglo, el primer cañonazo fue disparado deliberadamente en Corea por el imperialismo más hambriento. El imperialismo lleno, bien apoyado por sus reservas mundiales, aspira espiritualmente a la digestión pacífica. Sí, Moscú atacó a Washington en Corea, Moscú desató la guerra en Asia. Y lo ha hecho bajo todo tipo de circunstancias agravantes, escondiéndose tras el llamado de Estocolmo y en nombre de una lucha contra el imperialismo que enmascara su propia causa archi-imperialista. Sin embargo, el proletariado y especialmente los revolucionarios cometerían un error potencialmente fatal para el futuro de la Humanidad si, debido al hecho innegable de la agresión rusa o de la mentira y el horrible totalitarismo consustancial al stalinismo, dedujeran una necesidad de apoyo de cualquier tipo, directo o indirecto, completo o suavizado y crítico, al imperialismo estadounidense.

Al igual que la llamada sstalinista de Estocolmo *por la paz*, el escapulario de la *ucha contra la agresión* de la que cada parte intenta equiparse, no sirve más que para construir cuarteles. En efecto, la agresión es sólo el primer disparo, pero las causas de la guerra están tanto en el asaltado como en el asaltante; no sólo en ellos, sino en ellos como líderes de dos fragmentos del mismo mundo capitalista. A través de sus muchas idas y venidas coloniales y comerciales, sus crisis y guerras, sacando ventaja de las numerosas revoluciones fracasadas o traicionadas, el capitalismo mundial, desde hace más de un siglo, se ha polarizado en sectores cada vez menos numerosos y cada vez más diferenciados. La última guerra, al destruir para siempre las esperanzas de la supremacía de los capitalismos alemanes, italianos y japoneses, al someterlos a un régimen semicolonial, también provocó la caída repentina de Francia e Inglaterra al rango de potencias secundarias. Las órbitas y los sistemas han cerrado sus ciclos. Dos potencias son ahora amos universales, venerados por sus respectivos Quislings. Los satélites recibirán un trato más o menos favorable y a veces, en casos excepcionales, como el de Tito, lograrán cambiar de astro, pero en ningún caso su condición de satélites. Los de Gaulle y Churchill tienen tan claro que sus fanfarronadas chovinistas están condenadas de antemano a la impotencia que sólo la utilizan para obtener concesiones de su líder.

En última instancia, el proceso global de evolución no hace más que traducir el total de los procesos nacionales de concentración del capital en un número cada vez más reducido de manos, hasta llegar al estado como capitalista abstracto e ideal. Así, lo que empuja a Rusia contra los Estados Unidos y a los Estados Unidos contra Rusia, al mantener una amenaza insopportable para la Humanidad, es el empuje automático del capital hacia un número muy

pequeño de amos y, finalmente, hacia los privilegiados de un solo país. Sin embargo, la Humanidad trabajadora ni siquiera disfruta de la mitad de los frutos de su trabajo. Las astronómicas cantidades de riqueza así acumuladas son consumidas, o desviadas hacia objetivos bélicos, para el dominio del capital mundial, por un pequeño número de privilegiados de todos los países, desde los financieros norteamericanos y los potentados rusos o *natchalniks*, hasta los burgueses y stalinistas de cada nación, sin mencionar a la turba despreciable de los respectivos amigos y propagandistas. En última instancia, ¿la explotación de las tres cuartas partes de los habitantes del mundo se medirá en dólares o rublos? De ahí la guerra de Corea, la amenaza para Alemania Occidental, Yugoslavia, Turquía, la amenaza de una guerra general.

No hay otra razón para la conflagración. Truman y Stalin, símbolos de los dos bloques, preparan la guerra para la explotación de los pueblos y su paz no puede establecerse más que por un acuerdo sobre la distribución de dividendos y el reparto de zonas de influencia. Cualquiera que sea la solución que lleguen a Corea, siempre será a expensas de los coreanos y dejando la amenaza de la Tercera Guerra Mundial sobre nuestras cabezas. Si mañana este peligro se desvaneciera durante unos años gracias a un nuevo Munich o un nuevo Potsdam, provechoso para Moscú o Washington, el intervalo de paz sería mucho más corto que entre el Tratado de Versalles y la crisis en el corredor polaco. La dominación mundial innegable y la guerra por imponerla son inseparables de la suprema concentración imperialista de capital en la que la Rusia de Stalin se ha comprometido con la exasperada codicia del último en llegar. Si no se quiere que la lucha por la paz sea facilitar la dominación global de uno de los dos bloques, hay que abordar la raíz misma del mal: el sistema económico que produce la guerra, alimenta los ejércitos y los armamentos monstruosos, mantiene las fronteras y explota a la gran mayoría de los hombres.

Es cierto que ninguna de las dos partes anda corta de tonterías. El lavado de cerebro de los Estados Unidos es la defensa de la democracia contra la invasión totalitaria; el de Rusia es la defensa del socialismo contra el cerco capitalista. Una burda mentira por ambas partes, una simple llamada a la muerte estúpida y catastrófica para la marcha de la civilización, de cincuenta o cien millones de personas. Basta ya de lavado de cerebro.

Aparte de un puñado de stalinistas fanáticos y otro puñado de burgueses igualmente atrasados y obtusos, sólo los individuos corruptos hasta la médula ven ahora al socialismo en el régimen ruso. Mucho antes de la última guerra, la revolución de 1917 y sus perpetradores habían sido exterminados. El stalinismo, la expresión política y económica de la contrarrevolución, impuso un capitalismo de estado cuya brutalidad y oscurantismo hacen palidecer a todas las tiranías presentes y pasadas. El *plan quinquenal* se basa enteramente en la codicia explotadora de los nuevos maestros, los *natchalniks*, como los llaman por lo bajo, con desprecio. Este es el plan que los cincuenta o cien capitalistas más codiciosos y reaccionarios de cualquier país impondrían, si tuvieran, como la banda de Stalin, poder absoluto sobre la economía, la legislación y la policía.

Un promedio de quince millones de presos son permanentemente requeridos para alcanzar los pronósticos de una producción destinada principalmente a la guerra. Los juicios por *espionaje* y *sabotaje* y los millones de condenas administrativas sólo pretenden cubrir las previsiones del plan en materia de detención, con el fin de alcanzar las previsiones económicas. Por su parte, el proletariado, formalmente libre, se ve obligado por ley a trabajar en el lugar y por el salario que el gobierno le impone. Carece totalmente de los derechos de palabra, reunión, huelga y organización. En Rusia, la explotación se ha llevado a extremos comparables a los alcanzados en los antiguos regímenes coloniales e incluso los empeora. El cerco capitalista existe, sí, pero es el Kremlin el que lo mantiene, a través del terror contra el proletariado de Rusia y los países que ocupa. ¿Luchar por ese régimen? ¡Nunca! Y podemos estar seguros de que el proletariado sólo lo hará con una pistola en la nuca. Es un deber y una necesidad muy urgente que los revolucionarios del mundo entero le ayuden a volver sus armas contra la nueva casta de explotadores de Stalin y sus discípulos. Pero sería un vil engaño pretender conseguirlo apoyando al imperialismo yanqui como el mal menor.

No menos falaz es, de hecho, la defensa de la democracia que preconiza el bloque yanqui. Sus Singman Rhee le dan una negación tan categórica como la de Stalin a sus Gottwalds Kim Il Sun y su propio personaje. A los engañadores les gustaría que los millones de hombres destinados a servir de carne de cañón estuvieran desprovistos de memoria.

Recordemos, por tanto, que en Rusia el totalitarismo stalinista ha sojuzgado a todas las oposiciones revolucionarias, con la complacencia y el apoyo de Londres, París y Washington. Desde la asamblea de Ginebra en la que Chamberlain pidió a Stalin la cabeza de Trotski como condición previa para cualquier acuerdo, hasta la sesión del Parlamento Británico en la que Churchill anunció con júbilo el aplastamiento de la revolución social en Grecia con la ayuda del Kremlin, la solidaridad de clase de los antiguos imperialistas occidentales con el imperialismo emergente de Moscú no faltó cada vez que se trataba de repeler la revolución.

Recordemos España, donde el Kremlin, aplaudido y apoyado por Londres, París y Washington, destruyó la revolución con sus propios hombres. El *Occidente democrático* sólo tomó conciencia del totalitarismo ruso y denunció sus campos de concentración en un momento en que el dispositivo militar-policial de Moscú (resultado de la aniquilación del proletariado), una vez liberado del peligro revolucionario, atrincherado en sus inmensas zonas de influencia, e ignorando los mercadeos de Teherán y Potsdam, comenzó a atacar las posiciones estadounidenses. El criado, que durante treinta años impidió todas las revoluciones en beneficio de los demócratas occidentales, sin otro propósito aparente que el de ganar una alianza militar, se convirtió en su igual, su formidable igual. El Kremlin ahora aspira a disfrutar de los frutos de su obra antirrevolucionaria en sí mismo, ya no a una escala de un área de influencia que los opuestos están dispuestos a abandonar, sino a una escala global. Fue entonces cuando el mundo occidental propuso su democracia y los campos siberianos.

Oriente y Occidente no son dos sistemas económicos e ideológicos de naturaleza social opuesta e incompatible. Capitalismo es el régimen americano y capitalismo es el régimen ruso. Entre uno y otro las diferencias son cuantitativas y de ninguna manera cualitativas. Rusia es sólo un trust capitalista donde la burguesía no existe en el sentido tradicional de la palabra, aunque los magnates rusos tienen un estilo de vida comparable en todos los sentidos al de cualquier millonario *occidental* y acaparan un mayor despotismo político directo.

En los Estados Unidos, un gran número de pequeños y medianos propietarios están sujetos a un pequeño grupo de grandes trusts de los cuales el gobierno de Washington es la expresión parlamentaria. Si en Rusia la trinidad nuclear del Buró Político -Stalin, Malenkov, Molotov- decide dictatorialmente sobre todo, en Estados Unidos, sesenta familias manipulan la economía -no sólo la norteamericana- y determinan, gracias al mecanismo doméstico de la democracia burguesa, la política gubernamental.

Sobre la base de un desarrollo capitalista inferior al del bloque norteamericano, Rusia tiene una mayor centralización económica y, por tanto, policial. En realidad, el sistema ruso marca la culminación de la evolución general del capitalismo de los trusts en capitalismo de estado. Las exigencias antirrevolucionarias del stalinismo han acelerado su desarrollo en esta dirección, al igual que, por su parte, las condiciones privilegiadas para el desarrollo del capitalismo occidental le han permitido a este último conservar ciertas formas constitucionales.

Pero la tan cacareada democracia estadounidense, o más en general, la democracia burguesa, donde existe, es, en relación con la libertad humana, tan nauseabunda como un engaño como la propiedad estatal en relación con el socialismo. Ni la existencia de ciertos derechos elementales negados de hecho por la organización social representa libertad, ni la prohibición de poseer industrias como capital privado constituye socialismo. Independientemente de que Estados Unidos no vaya a la guerra por la democracia sino por la dictadura económica y política en el mundo, las libertades burguesas que permanecen en algunos países -muy raras- son cada vez más restringidas y ficticias. Además, el principal problema político de nuestro tiempo es lograr una democracia efectiva, la de los productores que poseen instrumentos de trabajo, así como consiste, en el plano económico, en lograr el socialismo. Donde todavía hay libertad, por estrecha que sea la burguesía, hay que usarla para evitar la guerra y luchar contra el régimen que la genera.

La democracia y el socialismo se defienden mediante la revolución social, nunca por la guerra imperialista. Lejos de ser una causa de conflagración mundial, son la razón más urgente y profunda para rebelarse de igual forma contra Moscú y Washington, empezando por donde se pueda. Nada, nadie, ningún Estado, ninguna legislación represiva, ningún aparato stalinista o yanqui, ninguna ocupación norteamericana o rusa, impedirá que esta verdad encuentre su camino y, finalmente, ponga en movimiento a los pueblos por encima y en contra de sus respectivos gobiernos. La democracia y el socialismo exigen, no la victoria de Moscú sobre Washington o la victoria de Washington sobre Moscú, sino la de los miserables del mundo unidos fraternalmente, sobre

el capitalismo ruso-americano. Ninguna otra lucha vale la pena, ninguna otra generará un entusiasmo profundo y espontáneo. Moscú y Washington sólo tendrán soldados a través de la cretinización intelectual que produce bestias fanáticas, o a través de la coerción terrorista que produce esclavos. Por otro lado, tan pronto como se muestre la oportunidad, decenas de millones de hombres blancos, negros y amarillos se levantarán contra la guerra y el capitalismo con el ímpetu y la sinceridad de quienes defienden su causa y la del Hombre de mañana.

Debemos ponernos manos a la obra. Nos dirigimos a todos los explotados, a todos los hombres revolucionarios de la tierra. Les pedimos que emprendan incondicionalmente la organización de la lucha del Hombre contra la guerra, por el socialismo, por la libertad.

¡Para la patria moscovita o americana, nada, ni un hombre, ni un céntimo, ni un arma! ¡Todos contra la guerra, todos por la paz que debe ser socialismo triunfante, o no lo será!

Sí, la guerra puede evitarse, pero sólo si no retrocedemos frente al poder impresionante y corrupto poder del Kremlin y de Wall Street.

Agosto de 1950

Carta a los grupos de la izquierda marxista

Queridos compañeros,

La Unión Obrera Internacional, formada en su mayoría por ex-miembros del PCI [Partido Comunista Internacionalista], habiendo roto con el trotskismo oficial y creyendo que es hora de formar una vanguardia revolucionaria, se esfuerza por reunir a nivel nacional e internacional a militantes que rechazan el stalinismo y el reformismo y se mantienen fieles en grandes líneas al marxismo entendido como un método de pensamiento y acción y no como un dogma sagrado.

Con este fin, ha acordado la constitución de un Comité Internacional de Izquierda Marxista para la formación de un Partido Obrero Mundial donde las organizaciones y fracciones de la clase obrera que acepten los puntos esenciales -el internacionalismo proletario, la lucha contra el stalinismo por el objetivo final, la revolución proletaria y el establecimiento de una sociedad sin clases- puedan discutir y trabajar juntos con el espíritu más fraternal.

Numerosas cuestiones, como la actitud ante la guerra, el problema sindical, el problema de las colonias, las nacionalizaciones, tendrán que ser aclaradas mediante debates en el marco de los puntos mínimos planteados anteriormente. Estos problemas sólo pueden ser resueltos mediante la confrontación de los puntos de vista de militantes de vanguardia de todos los países. Es por eso que este Comité Internacional comienza ahora a publicar un Boletín Internacional de enlace y discusión y su primera tarea será preparar una Conferencia Internacional de la llamada *Izquierda Marxista*.

El POC [Partido Obrero Comunista] italiano, el Grupo Comunista Internacionalista [GCI] español, fracciones revolucionarias de México, Dinamarca, Yugoslavia y Alemania ya han dado su acuerdo a este Comité. No hay formalismo para nosotros y hacemos un llamamiento a todos en el sentido más amplio.

La clase obrera necesita conocer a aquellos que llaman a la lucha, pretendemos aprovechar al máximo las posibilidades legales actuales y cada miembro del Comité aparecerá bajo su propio nombre, poniendo así fin a los métodos infantiles de conspiración utilizados en otros agrupamientos como la IV^a.

A partir de hoy, hacednos saber vuestro punto de vista, vuestras sugerencias, enunciad vuestras eventuales objeciones para que el Comité Internacional pueda ponerse a trabajar rápidamente y pueda convocar pronto la Conferencia Internacional. Para ponerse en contacto, escriba al camarada E. Pesch, 5 rue Clavel, París 19e.

La Unión obrera internacional

Mangano, Munis, Benjamin Péret, Pesch, Gallienne, Bilbao

Declaraciones sobre la constitución de la OTAN

Declaración de la UOI

Este es el problema que plantea actualmente la próxima carnicería cínicamente preparada por los gobernantes. El Pacto Atlántico es sólo una etapa en esta preparación para la guerra, al igual que los pactos que vinculan a los países del otro lado del telón de acero entre sí y con la URSS; no importa si esta etapa es en el campo americano o en el ruso: la misma masacre será el resultado lógico.

Los dos bloques en presencia, la URSS y los EE.UU., son sólo formas diferentes del mismo sistema económico decadente; ambos explotan y oprimen a la clase obrera, cada uno a su manera. En consecuencia, la Unión Obrera Internacional denuncia el Pacto Atlántico y hace un llamamiento a la clase obrera francesa e internacional para que no se dejen engañar por el pseudopacifismo de los gobernantes para quienes, desde Truman hasta Stalin, y desde Spaak hasta Gottwald, la *paz* significa sólo el aplastamiento del adversario para obtener la dominación mundial y el monopolio de la explotación del proletariado.

No basta con odiar la guerra para impedirla, ni denunciar su preparación. Debemos luchar contra sus causas profundas -lo que ni Garry Davis ni sus amigos están haciendo- y derribar los régimes que la engendran. Es decir, todos los régimes basados en la explotación del hombre por el hombre y que llevan a la civilización a su destrucción.

La UOI recuerda a todos los trabajadores que sólo luchando en todos los países contra sus propios gobiernos pueden impedir la guerra. Sin embargo, si estallara, su deber sería transformar el conflicto imperialista de opresión, que conduce al mundo a la barbarie, en una revolución social que liberará a la Humanidad.

Unión Obrera Internacional

Boceto de declaración del Comité Internacional de Izquierda Marxista

El Comité Internacional de Izquierda Marxista, integrado por el POC italiano, la Unión Obrera Internacional francesa, el Grupo Comunista Español y la Oposición Proletaria Yugoslava, se reunió en París los días 11 y 12 de abril para examinar la situación internacional actual.

Esta comisión considera que el Pacto Atlántico [OTAN] es sólo una máquina de guerra como todos los tratados imperialistas y que el bloque anglosajón y sus satélites occidentales representan el capitalismo monopolista, mientras que el bloque soviético -la URSS y los países del telón de acero- representa el capitalismo de estado.

Dado que estos dos bloques son sólo formas diferentes del mismo sistema económico decadente y tienen el mismo carácter antiproletario, el Comité Internacional de la Izquierda Marxista llama a la clase obrera de todos los países a no atarse ideológicamente a ninguno de estos bloques, a luchar contra la actual guerra fría y a oponerse por todos los medios a un posible conflicto imperialista (bloque occidental y bloque oriental) y, en caso de que estalle, a transformar la guerra imperialista y de opresión en una revolución social de emancipación.

El Comité Internacional de la Izquierda Marxista

La obra del stalinismo en China

Durante todo el período de la lucha militar del Partido Comunista Chino (PCCh) contra las tropas del Kuomintang, la clase obrera china permaneció pasiva, al margen de esta lucha militar.

Después del advenimiento de la República Popular Democrática (octubre de 1949), la distancia de la clase obrera persistió. La camarilla militar de Mao Tse Toung y el gobierno *popular* del PCCh constituyen una burocracia bonapartista.

Durante la *liberación* de Tien-Tsin, los trabajadores ocuparon espontáneamente las fábricas, exigiendo la confiscación de las fábricas metalúrgicas, de Lin Chiang, juzgar a los capitalistas, etc., de febrero a abril. En Shangai, se produjo un movimiento similar entre junio y julio de 1949. Fue el stalinista Lin Show Chi quien aplastó personalmente al movimiento de

Tien-Tsin, mientras que en Shangai, el 19 de agosto de 1949, el Comité de Control Militar promulgó dos leyes que obligaban a los trabajadores a cooperar con la patronal: el derecho de huelga fue abolido, incluso en las empresas privadas. Esta ley de prohibición de las huelgas reivindicativas fue aprobada por el Consejo Político Consultivo en el mes de septiembre.

Al mismo tiempo, se otorga a los trabajadores el derecho al *control de las fábricas* en virtud de una ley de la que tomamos nota en los siguientes artículos:

- *Artículo 2: El director o administrador de la planta será el presidente de la Comisión de Control. (..)*
- *Artículo 8: Si el Director o Administrador considera que la decisión tomada por mayoría de la Comisión de Control es contraria a los intereses de la planta y a las órdenes del gobierno, tiene derecho a oponerse.*

Este director es **nombrado por el estado**

Un gran burgués campesino, Soong Pei Shing, comentó sobre la ley en estos términos:

Creo que la participación de los trabajadores en el control de las fábricas revela una alta política. En primer lugar, había creído que toda la autoridad del Director sería eliminada por el Comité de Control. Pero no, hoy en día, los delegados de los trabajadores participan en todas las decisiones que se toman en los diferentes sectores de las fábricas: trabajo, salarios, vida laboral, finanzas, ejecución de decisiones, etc. Cada vez que una decisión es tomada y aceptada por la Comisión de Control, todo funciona bien, porque sucede como si los propios trabajadores hubieran decidido, y no tienen la posibilidad de resistirse a las órdenes de una Comisión elegida por ellos mismos. De esta manera hemos podido evitar cualquier conflicto; pero en realidad, siempre es el director quien tiene el derecho de decidir.

Contrariamente a lo que afirma el Partido comunista francés, Mao Tse Toung en China, al igual que Ho Chi Minh en su esquina, realizan una de las formas de contrarrevolución global. Además, Tito, como todas las criaturas del Kremlin, sigue copiando la legislación reaccionaria rusa y su forma demagógica. Por ejemplo, el artículo 40 de la llamada *Ley de gestión de los trabajadores de las empresas* otorga al director de cada empresa, siempre **impuesto por el estado yugoslavo**, el mismo poder absoluto que la ley de Mao Tse Tung. El Comité obrero es sólo un organismo para hacer marchar a los trabajadores.

El *producir, producir* de Thorez será impuesto por la maderería stalinista si mañana el ejército ruso da poder al partido del *hijo del pueblo*. En resumen, el capitalismo de estado ruso es un enemigo del proletariado mundial no menos formidable que el imperialismo estadounidense o la burguesía francesa.

Trabajadores, organicémonos independientemente antes de que sea demasiado tarde.

Diciembre de 1950

Unión Obrera Internacional